

dor « al hombre á quien Dios había mandado para castigar á los enemigos de su hijo. » Eugenio se negó á admitir un nuevo mando, si no se le declaraba libre de las trabas del consejo áulico, y á esto debió el señalarse en las guerras sucesivas. Hombre modesto en extremo, no admitía parabienes por sus victorias; su franqueza rayaba en descortesía, lo que le atrajo la enemistad de los palaciegos: gustaba de las letras y de las bellas artes, y no cesaba un instante de aconsejar la paz.

Al valor de Eugenio y de Sobieski, salvadores de Europa, se debe asociar el de los Venecianos. Demasiado débiles desde que los demas Estados se habían engrandecido, tenían que guardar ciertas consideraciones con los Turcos, convencidos de que las demas potencias cristianas permanecerían indiferentes aun cuando los viesan sucumbir. Pero no bien Austria y Polonia se aliaron contra la Puerta, pretendieron formar parte de la alianza, y Francisco Morosini, defensor de Candia, fué el Sobieski del Archipiélago. Atacó la Morea, en compensación de la pérdida de Candia, y tomó á viva fuerza á Corone; destruyó varios fuertes, freno de los Mainotas, que se unieron entonces á San Marcos; tomó á Navarino, Módena, Nápoles de Romania, y por fin la Acrópolis de Atenas, y fué aclamado *Peloponesiaco*. De regreso á su patria, fué aclamado dux, llevando grandes despojos, entre otras cosas el leon que estaba en la entrada del Pireo, y que hoy se ve en el arsenal.

Francisco Morosini.

1683.

1638.

Continuó la guerra Jacobo Cornaro, y después habiendo sufrido varios descalabros Domingo Mocénigo, el anciano Peloponesiaco fué invitado por el Senado á empuñar de nuevo la invicta espada. Con ochenta y cuatro naves llegó á Nápoles de Romania, donde le sorprendió la muerte. Antonio Zeno, que le sucedió, mantuvo el ardor de los ejércitos, tomó á Chio, pero no pudo ó no supo defenderla contra los Turcos, por lo que fué llamado á Venecia, donde murió en una prisión. Los Turcos redoblaron sus esfuerzos para recuperar la Morea, pero se lo impidió Alejandro Molino.

1591, 5 de enero.

8 de setiembre.

Ya hacía algunos años que se hablaba de paz, especialmente en Austria, que era donde mas se necesitaba; pero no era fácil, porque prohibiendo el islam que se ceda, el diván quería que sirviese de base el *uti possidetis*, al paso que Rusia, Polonia y Venecia pretendían conservar sus conquistas. Finalmente, gracias á la mediación de Holanda y de Inglaterra, se firmó el tratado entre los Turcos, el emperador, la Polonia, la Rusia y Venecia; y esta es la paz mas notable de cuantas ha concluido la Puerta con las potencias cristianas, y la que puso término al humillante tributo de la Transilvania y de Zante.

Paz de Carlowitz. 1699. 26 de enero.

La media luna, rechazada de Viena, tuvo que ceder también la Hungría, la Transilvania, la Podolia, la Ucrania, la Dalmacia y la Morea; quedó limitada por el Dnieper, el Sava y el Unna; y reconoció como conforme con el

derecho público la intervención de las potencias europeas en beneficio comun, bajo la forma de mediación. Quedaban al emperador la Transilvania y el Temesvar, con el derecho de fortificar las plazas de la frontera, y la prohibición de hacer excursiones ó correrías, y dar asilo á los rebeldes y criminales.

También el Austria adquirió la Esclavonia, el Sirnio, quince condados de la Hungría que poseía antiguamente la Puerta, y entre los cuales se contaban Buda, Pesth y Alba Real; además se aseguró la Transilvania con siete condados húngaros reunidos á aquella. Á la Polonia se cedió el Kaminietch con la Podolia y la Ucrania del lado de acá del Dnieper. La Rusia adquirió el Azof y las pequeñas ciudades que le rodean, y destruyó á Tawan, Kasikermen, Nustretkermen, Sagiskermen en el Dnieper, cediendo el territorio á la Puerta. Venecia conservó la Morea, Santa Maura y las Leucas, abandonando la tierra firme, Lepanto y las islas del Archipiélago, y destruyendo los castillos de Romelia y Prevesa, convenios todos que regularizaron las relaciones de la Puerta con la república mientras subsistió. Ragusa conservó su obediencia á la Puerta.

Ragusa.

Esta república, de cuyo origen y constitucion hemos hablado ya otras veces, era gobernada por los descendientes de los primeros fundadores y por algunos nobles bosniacos, con un presidente que duraba ocho años. Uno de estos, llamado Damian, no quiso dejar el mando, y se erigió en tirano; los Raguseos pidieron auxilio á Venecia que los libertó de la tiranía de Damian, pero los sometió á su poder, hasta que Luis, rey de Hungría, les devolvió su independencia. Sin embargo, los Genoveses y Venecianos y otros navegantes del Archipiélago inquietaban tanto á la república, que trató de buscar seguridad poniéndose bajo la protección de los Otomanos y comprándola con un tributo.

El gran consejo compuesto de todos los nobles mayores de diez y ocho años hacía las leyes, nombraba los magistrados, y tenía el derecho de gracia. Un Senado de cuarenta y cinco miembros (*pregadi*) preparaba lo que se había de proponer al gran consejo, y trataba de los negocios exteriores: el poder ejecutivo se confiaba á siete senadores que formaban el pequeño consejo. El presidente solo duraba cuatro semanas, y debía tener parte en todos los actos del gobierno: solo en las grandes solemnidades salía de palacio y entonces llevaba el manto de damasco rojo, zapatos y medias del mismo color y una gran peluca en la cabeza. Los nobles no podían ser puestos en prisión sino por un noble, y á ellos correspondían todos los cargos públicos. En esta república todo estaba minuciosamente determinado de antemano, de tal modo que habiendo entrado Tuberon Cerva en el Senado con una túnica mas larga que las que estaban establecidas, se le recortó en plena asamblea; avergonzado de lo cual se metió fraile. De los matrimonios de nobles y plebeyos

nacia una clase media admitida á los empleos de segundo orden. La plebe estaba bajo la clientela de los nobles (1).

Desde la paz de Carlowitz la Puerta no solo dejó de ser temible, sino que perdió la influencia en los negocios de Occidente, y deponiendo algun tanto su barbarie, aceptó y envió embajadores con los presentes de costumbre, y con facultades para hacer las proposiciones que estimasen oportunas. Entonces tuvo que combatir con la Persia y con Rusia, mas peligrosa todavía, cuyo monarca Pedro el Grande ambicionaba el Mar Negro. Daltaban Mustafá, Servio ignorante, pero hábil y activo, sucedió á Huseim Köproli, y descontento de los sacrificios á costa de los cuales se había comprado la paz de Carlowitz, quiso reprimir en sus principios el poderío del czar; pero el partido pacífico prevalació, y fué estrangulado, exclamando: « ¡Acabad, infieles musulmanes, con aquel á quien no pudieron matar los infieles gíures! »

1703.

Sucedióle Rami Mehemet, hombre práctico en los negocios y en las letras, pero ignorante del arte de la guerra y poco querido de los soldados, los cuales veían con disgusto al saltan ocupado constantemente en cacerías. Á influjo de estas causas estalló una sangrienta revolución, que obligó á Mustafá á ceder el puesto á su hermano Acmet III. Este reprimió la sublevación con mano fuerte, y se dice que secretamente hizo ahogar á catorce mil de los genizaros que le habían elevado al trono. Sus cambios frecuentes de visires atestiguan la debilidad de su gobierno y la aumentaron.

Acmet III. 50 de setiembre.

Tres veces se desplegaron contra la Rusia las banderas musulmanas por la incertidumbre del diván, mal informado de las cosas de Europa; y después este y aquella se pusieron de acuerdo para dividirse entre sí la Persia. También declaró de nuevo la guerra á Venecia la Puerta, apoderándose de la Morea en ciento y un días. El príncipe Eugenio indujo al emperador Carlos á tomar parte en esta guerra, y este preparó en Hungría setenta mil soldados. Alí Kumurgi con un ejército mucho mas numeroso rodeó á los imperiales, y Eugenio se hubiera visto perdido, si no hubiese hecho la temeridad de atacar á ciento noventa mil enemigos, matando treinta mil, al gran visir y al agá de los genizaros, y apoderándose de cincuenta mil tiendas, ciento catorce cañones, dos mil camellos é inmensas provisiones. Teniendo propicia á la fortuna, atacó y tomó después á Temesvar, donde cogió mil doscientos cañones austríacos, quedando de este modo todo el banato redimido por los Turcos. De todas partes acudieron príncipes y señores á tomar parte en esta guerra, sancionada por la victoria; y Eugenio, después de atravesar el Danubio, atacó á Belgrado que estaba defendida por treinta mil hombres. El nuevo gran

Batalla de Peterwaradin.

1713.

(1) Muchos recuerdos de aquella república, como también muchas riquezas y obras maestras, desaparecieron cuando el terremoto del año 1667, cantado por Stay.

visir Atchí-Alí se presentó con ciento cincuenta mil guerreros para socorrerla y cercó á los Austríacos, diezados ya por las enfermedades. Eugenio, á quien la prosperidad infundía nuevo valor, á la cabeza de cuarenta mil hombres y auxiliado por la niebla, atacó en sus mismas trincheras al gran visir y le derrotó, matándole diez y ocho mil Otomanos, y apoderándose de treinta y un cañones y muchísimas municiones. Belgrado capituló, y fueron tomadas otras fortalezas próximas al Danubio y al Sava.

El diván tuvo que pensar entonces en la paz, de la cual tenía también ya necesidad el emperador: de modo que aceptada la mediación de la Inglaterra y de la Holanda, se estableció en el congreso de Passarowitz el *uti possidetis*; pero el Austria pretendía la Servia entera, como dependiente de Belgrado, y que se restituyese la Morea á Venecia. Origináronse de aquí largas disputas, hasta que por fin se decidió que el emperador conservase á Temesvar con los países situados al Occidente de Aluta. Este rio desde su origen hasta su desembocadura en el Danubio, y desde allí el Danubio hasta donde recibe el Timok, fueron los confines; y añadiéronse á esto Belgrado, Parakin, Istolatz, Schihak, Bedka y Belina: se concedió el libre tráfico á los súbditos de los dos imperios, y fueron refrenados los piratas de Berbería y de Dulcigno.

Esta paz fué casi el complemento de la de Carlowitz.

Paz de Passarowitz. 1718. 21 de julio.

CAPÍTULO XXIII

Hungría y Transilvania.

En Hungría había una constitucion que reunía los males del feudalismo y de la monarquía electiva. El rey no podía hacer la paz, ni declarar la guerra, ni imponer contribuciones sin el concurso de la Dieta, que se componía de los grandes oficiales, prelados, magnates, representantes de los condados y delegados de las ciudades régias. El palatino, elegido por el rey entre cuatro candidatos, limitaba aun las prerrogativas que quedaban á este, velaba sobre el cumplimiento de las leyes, y mandaba el ejército. Aun estaba vigente el antiguo derecho del rey Andres de rebelarse cuando el rey violase los privilegios. Por otra parte empeoraba mucho el estado de las cosas la animosidad entre los Católicos y los protestantes; y la condescendencia de Leopoldo con el celo de los Jesuitas disgustaba á los Húngaros, que con el calvinismo se hacían defensores mas fervorosos de la antigua libertad; por lo cual creían que se había persuadido de que no podía dominar absolutamente sino extirpando el protestantismo, y manteniendo un ejército á sus órdenes.

Además los Turcos, deseosos siempre de poseer la Hungría, se mezclaban en sus intereses auxiliando á los príncipes de Transilvania. Bethlem Gabor había asegurado la independen-

1629.

4648. cia de esta; y Jorge I Ragocezy, que le sucedió y fué reconocido por la Turquía, defendió á los protestantes, que por medio de él consiguieron celebrar amplios tratados. Habíale sucedido con el consentimiento de los Estados y de la Puerta su hijo Jorge II, adulado por los extranjeros por haberse enriquecido con las minas. Ayudó á Carlos Gustavo de Suecia para hacer la guerra á la Polonia, á cuyo trono aspiraba, y Mahomet IV que se lo había prohibido, envió al bajá de Buda, el cual uniéndose á los Tártaros devastó el país, cobró tributos, y eligió príncipe á Acac Bartsai. Este abdicó poco despues en favor de otro; pero la nacion le negó este derecho, se aumentó con esto la division, y Ragocezy recobró el poder. Cuando este pereció combatiendo con los Turcos, el gran señor pensó agregar la Transilvania á su imperio, y mientras tanto obligó á los Estados á cambiar los príncipes á su capricho, para tener ocasion de enviar diplomas costosos á personas que ni remotamente los esperaban. El emperador envió tropas para alejar el peligro de la invasion; pero cada vez se aumentaban mas las dificultades de los príncipes de Transilvania, que se veían obligados á vacilar entre Austria y Turquía. Cuando despues Montecuculi llegó con su ejército para la guerra de Transilvania, los Húngaros sospecharon de él, quejaronse las Dietas, y Leopoldo se vió obligado á negociar con la Puerta, que le entretuvo con palabras mientras se preparaba para un vigoroso ataque.
4651. La tregua de veinte años pareció dar ocasion al Austria para llevar á cabo sus grandes proyectos contra Hungría, la cual no cesaba de lamentarse de la prolongada detencion de los ejércitos compuestos de gente indisciplinada que violaba la propiedad y el honor. Temíase que Leopoldstadt y otras fortalezas preparadas contra los Turcos estuviesen dispuestas contra la libertad del país; y por una parte el pueblo que tanto sufría y los protestantes recelosos, y por otra los nobles católicos pero turbulentos, se hacían la guerra, esperando ganar el poder en medio de los desórdenes. Muchos de ellos formaron una liga, á cuya cabeza se puso Pedro, conde de Zrini, ban de Croacia, que estaba en inteligencia con Miguel I Abaffi, príncipe de Transilvania, y con tantos como estaban descontentos ó eran enemigos del Austria. Estaba ya, pues, para estallar una sublevacion general, cuando avisado el emperador envió tropas á todos los puntos con extraordinaria prontitud. Los Zrini, Frangipani, Nadarti y Tettenbach, jefes de la conspiracion, fueron ajusticiados (1), quitándose á sus hijos la nobleza y hasta el nombre: trescientos nobles subieron al cadalso ó fueron desterrados, y otros se rescataron por

(1) En la *Perfecta y verídica relacion de los procesos criminales y ejecuciones*, etc (Viena y Milan, cerca de la corte, 1671) se dice que: « Su Majestad en uso de su innata clemencia ha querido concederles la gracia de poder venir á la formacion de los procesos, no obstante que no se acostumbra esto en los delitos de lesa majestad. »

gruesísimas sumas. Viena consolidó su poder con estas ejecuciones y con los inmensos tesoros que confiscó; pero mucho mas robaron sus avaros é infieles favoritos.

No se principia nunca á derramar sangre para detenerla cuando se quiera. En las cartas que se habian cogido, aparecia comprometida en la conspiracion casi toda la nobleza, y no pudiendo entregarla toda al verdugo, el ministro Lobkowitz tomó el partido de destruir la constitucion húngara; toda la nacion habia delinquido, y por lo tanto toda ella perdió los *privilegios*, nombre dado á los derechos que se reservó cuando se entregó á la casa de Austria. La nacion convocó entonces á los nobles; pero ninguno acudió por miedo á la muerte, y Leopoldo publicó un edicto en que impuso « por castigo á la desobediencia y á los atentados contra su persona, en nombre de la potestad recibida del Cielo, » un tributo para mantener treinta mil hombres de ejército permanente, que acuartelado en el país cometié y dejó cometer los peores abusos. En otro edicto concedió perdon, exceptuando á algunos; declaró absoluta la autoridad real; abolió las dignidades de palatino, de juez de la corte, de ban de Croacia, de Dalmacia y de Esclavonia. Fué nombrado gobernador general Juan Gaspar de Ampringen, gran maestro de los Teutones, y Húngaro inexorable, con un consejo que nombró el emperador; y por último, se dió á los jefes de las tropas una autoridad muy amplia, como en un gobierno militar.

Sobre los protestantes recayó mucha parte de la venganza, pues eran considerados como el origen de la rebelion, y se dice que fueron condenados á ser apedreados ó á la hoguera doscientos cincuenta ministros de su religion, y que despues se cambió esta pena en la de trabajos forzados; y excitando la indignacion el ver la miseria de personas tan respetables, fueron vendidos cada uno en cincuenta coronas á las galeras napolitanas (1).

Lo que no era mas que un murmullo aislado, se convirtió en un furor universal; y sin distincion de Católicos y protestantes se formó el partido de los *descontentos*, que auxiliados por el príncipe de Transilvania y por los bajás, se sublevaron y tomaron muchas plazas fuertes. Hizose jefe de este partido Emerico Tekeli, hombre de gran capacidad y enemigo irreconciliable del Austria, que habia dado muerte á su padre; Tekeli publicó *Las cien quejas de los Húngaros contra los Alemanes*; llamaba á los suyos cruzados (*kruczi*); tenia escrito en sus banderas: *Campeon de Dios y de la patria*, y al mismo tiempo buscaba apoyo entre los Turcos. La amnistia y libertad religiosa prometidas por Leopoldo parecieron falsas, porque se negaba á retirar las tropas. Luis XIV, siempre dispuesto á debilitar el Austria, pagaba un cuerpo de Polacos, auxiliares de los Húngaros; y Tekeli

(1) Sacy. *Hist. general de Hungría*, tomo II, pág. 315.

hizo acuñar moneda con los lemas: *Pro libertate et justitia* y *Ludovicus XIV, rex Galliarum, protector et patronus Hungariae*.

Habiéndose, pues, hecho en este tiempo la paz de Nimega, Luis ya no tenia interes en favorecer á los sublevados, mientras que Leopoldo podia atacarlos con tropas mas numerosas que las suyas; pero estas desertaban, y el emperador se vió obligado á descender á pactos, y á prometer de nuevo que habria un palatino, escogido por él entre cinco que le propusieron, recayendo su eleccion en Pablo Esterhazy; se quitó el extraordinario poder del gran maestro, y se abolió el cargo de gobernador general; prometió que no morarian en el país tropas alemanas, y que no se darían los empleos á los extranjeros, que olvidaria las injurias, y que la religion protestante volveria á ser libre como en 1608. Pero los protestantes creyeron ver insidiosas ambigüedades en las concesiones obtenidas, y por tanto las rehusaron; lo que fué un pretexto para violar tambien las otras.

Entonces el gran señor rompió la guerra con el Austria; Tekeli le prometió ayudarle, y el bajá de Buda puso á este en la cabeza el turbante guarnecido de piedras preciosas y una pluma de garza real, dándole ademas un sable, la maza y el estandarte que la Puerta solia dar á los investidos. El emperador trató de conciliarsele, concediéndole á Elena Zrini, viuda de Ragocezy, á quien adoraba, y que le llevaba grandes bienes y muchos soldados; pero Tekeli, saludado por la Puerta como *señor de la Hungría Media*, tomó el título de príncipe. Leopoldo, despues que vió rechazados á los Turcos, pero no por sus armas, pensó valerse de las ventajas que le propocionaba la victoria para humillar á los Húngaros y hacer hereditaria la corona; publicó un perdon para los descontentos, volviéndoles sus honores y bienes, y prometiendo hacer justicia á sus quejás.

Los que se sometieron fueron tratados como rebeldes por Tekeli, resultando de aquí confiscaciones y suplicios; devastando el país los Austriacos ó los Tártaros. Sobieski, disgustado de esta tiranía, retiró sus tropas, declarando que era aliado del emperador contra los Turcos, pero no contra sus súbditos. Sin embargo, el ejército del emperador reforzado con los príncipes del imperio prevaleció; el serasquier fué derrotado en Estrigonia, y desertaron muchos de las tropas de Tekeli: Abaffi puso á la Transilvania bajo la proteccion del Austria, salvos los privilegios de las tres naciones húngara, sajona y sicla, y las cuatro religiones católica, luterana, calvinista y sociniana.

Las derrotas de los Turcos recaían sobre los Húngaros; Caraffa, nombrado gobernador de la Hungría Alta, se entregaba á su crueldad; nombró un tribunal de oficiales ignorantes de las leyes, y de ciudadanos afectos á la corte, los cuales condenaban solo por sospechas: treinta ver lupos estuvieron afanosamente ocupados en

descuartizar, en enrodar y decapitar (1). Resuelto entonces Leopoldo á abolir la eleccion real y el derecho de insurreccion, en vez de reunir la Dieta, llamó á Viena á los disputados de la nobleza, despreciando la constitucion, y les exigió que renunciassen á aquellos privilegios, y coronasen como heredero á su hijo José. Y aunque este y el emperador asistieron en persona, y aunque los nobles conocian la imposibilidad de decir que no, sin embargo la oposicion fué extremadamente enérgica, y ni las promesas ni el terror podían vencer á los mas, apegadísimos á los derechos patrios. Uno de los principales nobles era Nicolas, conde de Drascoviez, que estando en una fogosa discusion con el ministro del emperador, cayó atacado de apoplejia. Unos creyeron que fué un asesinato; otros un castigo del Cielo; y por tanto el temor y la supersticion hicieron que el clero y los nobles se resignasen, con tal que la corona se heredase solo por línea masculina. Así se establecia el dominio austriaco en Hungría; y cuando José fué coronado, juró conservar los derechos y privilegios de la nacion, segun fueran interpretados por el rey y por los Estados reunidos en Dieta. Leopoldo, para volver á poblar la desierta Hungría, permitió que los Griegos, que habitaban en la Bosnia y en la Croacia, pasasen á vivir con libertad de cultos á la Esclavonia y á la Hungría, en donde fundaron varios obispados.

Las tropas austriacas invadieron la Transilvania inesperadamente, é invernaron allí mandadas por Caraffa que siguió ejerciendo su acostumbrada inhumanidad, y que despues en la primavera se negó á abandonar aquel país, hasta que los Transilvanos jurasen obediencia al rey de Hungría, conservando sus privilegios, y el derecho de elegir los príncipes que serian confirmados por el emperador. Primer paso para la completa sumision; pues cuando los Austriacos ganaron nuevas victorias á los Turcos, el príncipe de Baden, llevó su ejército victorioso á Transilvania, y á título de necesidad, violó los privilegios, exigiendo una contribucion. Los Transilvanos volvieron sus ojos á la Puerta, la cual, habiendo muerto Abaffi, confirió aquel principado á Tekeli, que habia huído de su humillada patria, y le dió diez y seis mil hombres para defenderse contra otro príncipe nombrado por Ulina. Tekeli entró en el país por caminos inaccesibles, derrotó á los Austriacos y principió á reinar; pero pronto fué expulsado, y se instituyó un gobierno austriaco en nombre del niño Abaffi II. Este no hizo mas que arrogarse cada vez mayores derechos, indujo á Abaffi á renunciar el principado, recibiendo una pension y títulos; y desde entonces la Transilvania dejó de tener príncipes y fué gobernada por una cancelleria áulica, que residia en Viena.

La paz de Carlovitz confirmó al Austria en la posesion de la Transilvania y de la Hungría;

(1) Coxe, cap. 66.

pero mil cuatrocientas familias prefirieron vivir en el territorio otomano, adonde tenían terrenos y libertad de conciencia. Estos dos países formaron una barrera al Austria contra la Turquía y después de haber sido por mucho tiempo peligrosos rivales, fueron el principal apoyo de su nueva grandeza.

Leopoldo no quiso perdonar nunca á Tekeli, obstinado defensor de los privilegios húngaros, ni tampoco restituírle los bienes confiscados ó un equivalente, por lo cual aquel se refugió entre los Turcos, que al principio le socorrieron, pero que, como suele suceder, después le olvidaron; de modo que se vió obligado á ir á vivir entre los Judíos de Constantinopla; hizose allí tabernero, y por último murió siendo Católico, después de haber agitado tres reinos por su celo protestante. Su mujer, la bella y generosa Elena, defendió tres años á Munkacs (1685-88); y reducida á ceder, fué llevada á Viena, donde se encerró en un monasterio. Después fué canjeada con el mariscal Heister, y consiguió unirse á su marido, participando de sus miserias; pero nunca les devolvieron sus hijos.

Caraffa fué hecho feldmariscal. El gabinete austríaco parece que solo pensó, con respecto á Hungría, en extirpar el protestantismo, mas bien que por medios directos por medios oblicuos que irritan y no resuelven nada. Francisco Leopoldo Ragozy, arrebatado á su madre Elena, fué educado entre los Jesuitas de Bohemia, y habiendo vuelto después á Hungría, vivía retiradísimo, cuando de repente fué arrestado á pesar de los privilegios, acusándole de que meditaba vengar los agravios hechos á su familia, y de que estaba en inteligencia con Francia. Pero logró escaparse, y se refugió en Polonia, perseguido por un bando que le condenaba á muerte, y después cuando Leopoldo tuvo que retirar sus tropas á causa de la guerra de sucesión, Francisco tomó á sueldo gente, y pasando los Carpacios, llamó á los nobles para que recobrasen sus derechos. El temor había desanimado á estos, por cuyo motivo le escucharon muy pocos, y el pretendiente no hubiera podido sostenerse, si no hubiese recibido socorros de Francia y de Baviera. Viena recurrió entonces á los pactos; pero los Húngaros pedían la elección del rey y la resistencia legal, que fuesen expulsados los Jesuitas, y que se devolviesen sus derechos á los protestantes. Era, pues, por tanto imposible ponerse de acuerdo. Las cosas se ponían de muy mal aspecto para Austria, y Ragozy se aproximaba á Viena cuando murió Leopoldo (1).

1705.
5 de mayo.

(1) Eleonora, mujer de Leopoldo I, es citada entre las mujeres más pladadas. Siendo niña, hata de las diversiones y se ponía al sol para ennegrecerse, y no encontrar marido; solo consintió en casarse con Leopoldo cuando le dijeron que la Providencia la había destinado al primer trono del mundo para bien de la religión católica. En la corte conservó las mismas costumbres, ocupándose en cuidar á los pobres, trabajar en los ornamentos de la Iglesia, andar en procesiones y peregrinaciones á pié desnudo; debajo de sus brazaletes de pedrería tenía puntas de hierro; se disciplinaba hasta arrojar sangre, y guardaba rigurosos ayunos; en el teatro tenía un libro de salmos, como si fuese el librete de la

José I, emperador.

José I, que le sucedió á la edad de veintisiete años, había sido educado por Carlos Teodoro Oton, príncipe de Salm-Salm, y por el sacerdote Rummel, quienes para corregir sus defectos, le inspiraron religión y amor á las ciencias; y él supo aprovecharse de sus luces, teniéndolos siempre cerca de sí desde que subió al trono. En la guerra de sucesión obró con una firmeza que pudo muy bien destruirlo todo. Desterró á los electores de Baviera y de Colonia, auxiliares de Francia; creó un nuevo electorado en la casa de Hannover, con la condición de que diese siempre su voto en las elecciones á un Austríaco, condición que hacía posible á Federico I tomar el título de rey de Prusia; decretó que los reyes de Bohemia votaran no solo en las elecciones, sino en todas las deliberaciones, y en Italia proscribió las casas de Mantua y de la Mirandola. Pero tratando severamente á los Bavaros, hasta el punto de hacerlos servir en su ejército, excitó una sublevación, y veinte mil rebeldes á las órdenes del estudiante Mainl, se apoderaron de varios castillos; los Austríacos propusieron condiciones, y se concluyó un armisticio, durante el cual, las tropas imperiales, haciendo una irrupción, los atacaron y destrozaron, dejando tras de sí el silencio y la execración.

José, como hombre nuevo en los negocios de la Hungría, pudo moderar la persecución de su padre y nombrar ministros ménos odiosos; pero los rebeldes, exasperados é impulsados por Luis XIV, no escucharon razones y fué necesaria la guerra. Viendo la prosperidad de los Austríacos, Ragozy propuso á la Dieta que fuese reconocido José, formando una Confederación como en Polonia, y el mismo Ragozy fué nombrado duque de los Estados confederados. Este tuvo la grandísima habilidad de saber conducirse en medio de tantas pretensiones, y especialmente de los protestantes. Después quiso celebrar pactos con José; pero uno quería la independencia del país, otro su sumisión: ¿cómo ponerse de acuerdo? Los Estados, como si fueran una república, publicaron una proclama justificando su proceder: los de Transilvania prestaron también homenaje á Ragozy, y se continuó la guerra á la desbandada, devastando el Austria las partidas de Húngaros. Francia prometió auxilio á los sublevados, pero no lo envió: estos declararon vacante el trono de Hungría, y Ragozy, que los había contenido, perdió el crédito. Habiendo sido elegido rey de Polonia, se separó de él la Transilvania; su alianza con la Rusia le puso mal con Francia; el papa, secundando á José I, excomulgó á los revoltosos; principiaron las disensiones y siguió el cansancio, y por último el conde Juan Palfiban, de Croacia, á la cabeza de los Austríacos, con sus victorias y su dulzura, indujo á la república á aceptar la paz. Concedióse en esta el perdón á Ragozy y á sus partidarios, con tal que

ópera. Fué sepultada, según sus deseos, sin pompa, con esta inscripción: Eleonora pobre pecadora, murió el 19 de enero de 1719.

1711.
17 de
abril.

se presentasen en el término de tres meses; se prometió reintegrar á las viudas y huérfanos de los condenados, y que no se instituiría nunca un tribunal especial. Ragozy, confiando en el auxilio de la Rusia, rehusó la amnistía; después, desengañado, vivió con una pensión que le señaló la Francia, y por último consiguió algunas posesiones en Asia, adonde murió tranquila y devotamente en 1735.

En este tiempo había muerto José I; Carlos VI, el nuevo emperador, reconoció el tratado de paz, confirmando los privilegios de los Húngaros, pero no el decreto de Andres II; dispuso que en concluyendo su línea, volviese el derecho de elección á los Estados, y que el rey hereditario de Hungría no tomara las riendas del gobierno antes de ser coronado.

Aquí concluye la revolución de los Húngaros y con ella su historia. Carlos VI se concilió con ellos restituyendo la corona de San Esteban, y protegiendo á los protestantes; aquellos turbulentos magnates se convirtieron en defensores fidelísimos del Austria, y en vez de aliarse con los Turcos, se hicieron ardientes enemigos suyos, hasta que los tiempos mudaron sus ideas, y la sublevación produjo nuevas desgracias.

CAPÍTULO XXIV

España y Portugal.

Francia, Inglaterra y Austria, cuyas vicisitudes hemos referido hasta aquí separadamente, se mezclan ahora en una guerra que cambia el aspecto de Europa.

La España, que por un momento había amenazado someter toda la Europa, iba declinando cada vez mas; inmenso navío cuya proa se elevaba en el mar de las Indias y la popa en el Atlántico, pero desprovisto de remos, de cuerdas y de pilotos. Fernando el Católico había hecho suyo el clero, abrogándose el nombramiento de beneficios: Carlos V había reprimido á las comunidades por medio de los nobles, y después humilló á los mismos nobles, que habían fundado el reino, y defendido sus franquicias: Felipe II los hizo cortesanos, rodeados de riquezas y de clientes, orgullosos por la prerogativa de estar cubiertos delante del rey, pero despojados de toda autoridad, mientras que la nobleza inferior se separaba de ellos para servir á la Iglesia ó á la monarquía. La vida de las ciudades casi independiente, y el heroísmo de la caballería religiosa, habían desaparecido; las cortes habían aprendido á callar con los suplicios, y el simulacro de cortes que quedó en su lugar podía poner obstáculos al bien, pero no impedir el mal, donde la razón suprema era: *el rey lo quiere*. Habiéndose quitado de este modo á la nación la cooperación en sus destinos, solamente sobrevivían el amor á la patria, y el respeto á la autoridad.

En aquella continua lucha con un pueblo de

naturaleza y creencias diferentes, la España se había aficionado á las conquistas y habituado á vilipendiar á los vencidos, á dominarlos, no á gobernarlos. Esto fué un mal para ella cuando tuvo que combatir con los Europeos; los Países Bajos, Portugal é Italia ensangrentaron su suelo bajo su yugo de hierro; la América fué contenida por la fuerza, y saqueada con las exacciones; las colonias y las provincias estaban oprimidas por los vireyes, revelados á cada momento, y por tanto siempre ignorantes. Felipe II, para ocultar la decadencia ó para aparentar majestad, se encerró lo mismo que sus sucesores en suntuosos palacios, en los cuales no se conocía al pueblo mas que de oídas, ni al hombre mas que al través de un sombrío y severo ceremonial. El inquisidor general era el primer personaje en palacio; de modo que el pensamiento estaba encadenado mientras que en otras partes adquiría libre vuelo. La intolerancia hizo huir á la industria con los Judíos, y á la población con los Moriscos, quedando esta reducida á cinco millones y medio; la agricultura estaba oprimida por la *mesta*, y entorpecida en manos del clero y de los nobles, siendo muy poco á propósito para mejorarla, aquel por naturaleza y estos por orgullo; de modo que si hubieran llegado á faltar las remesas de la India, no hubiese quedado al país ningún recurso para ocurrir á las necesidades momentáneas.

En tiempo de Felipe II había en la monarquía trescientos doce mil sacerdotes seculares, doscientos mil de segundo orden, y doble número de regulares, comunmente en litigio entre sí; los inquisidores infundían el terror en lo interior, mientras luchaban con el papa; los obispos, excesivamente ricos, nada cuidaban de su grey. Los altos cargos del Estado solo duraban tres ó cuatro años, como beneficios concedidos á la inexperiencia, que solo pensaba en sacar de ellos frutos sin aprender nada. Los monarcas no podían dar vida al Estado ni á la administración desde el fondo de sus inaccesibles alcázares; su autoridad, arbitraria sobre el pueblo, estaba limitada por los asilos y por las inmunidades de los nobles y de las iglesias; de modo que aun no había sustituido la seguridad y la justicia á los perdidos privilegios. Eran muy frecuentes las sublevaciones con motivo del pan, y había cuadrillas de asesinos que se ponían al servicio de cualquier rico. El inaudito lujo que ostentaban los nobles, especialmente en cosas de plata, no animaba á la industria, y retiraba los capitales de la circulación; solo era una generosa ostentación. Si un noble ganaba al juego, repartía el dinero entre los espectadores de cualquier condición que fuesen; y cuando el duque de Lerma recibió en los Países Bajos á Gaston, hermano de Luis XIII, después de la comida hacía poner 2,000 luises de oro en una mesa y con ellos jugaban el príncipe y su séquito.

Este fausto encubría la miseria. Los doblones